

## **Una visita a la isla de Circe. A cien años del primer microrrelato en México**

*Aldo Flores Escobar*

### **1. Torri y su época**

Terry Eagleton señala, en el prefacio a *Una introducción a las teorías literarias*, que «Si se deseara señalar una fecha al cambio que sobrevino en el campo de la teoría literaria no sería del todo desacertado decidirse por 1917, año en el que Viktor Shklovski, joven formalista ruso, publicó un ensayo que abrió brecha: 'El arte como artificio'» (Eagleton, 1996: 4). Tal señalamiento le viene muy a modo al presente estudio, puesto que si se deseara conmemorar una fecha para celebrar el nacimiento de un nuevo género de la narrativa en lengua hispana es precisamente el año de 1917; época en la que se edita *Ensayos y poemas*, de Julio Torri, libro que abrió brecha para que apareciera una nueva teoría literaria en la que la participación de investigadores mexicanos tuviera una importancia mayúscula dentro de la teoría literaria del microrrelato.

Dentro de *Ensayos y poemas* aparece una pequeña ficción de nombre «A Circe», la cual debería tener una colosal importancia en los estudios de la brevedad del relato en México ya que a decir de investigadores como Edmundo Valadés es la primera narración híbrida de nuestras letras (Valadés, 1988) y desde esa perspectiva se ha venido citando constantemente el nombre de Torri; sin embargo, Serge I. Zaitzeff considera que «Pocos escritores han sido tan

elogiados y paradójicamente tan poco estudiados como él» (2011: 225). Es por ello que se dedica este trabajo al escritor coahuilense quien hace justo un siglo mostró al lector pequeñas narraciones híbridas que hoy merecen estudio y celebración perdurable.

## II. Templanza del náufrago

El 27 de junio de 1889 Saltillo, Coahuila, vio nacer a uno de los escritores mexicanos que sin proponérselo establecería los cimientos para crear un nuevo género de la narrativa (no sólo de nuestro país sino del Continente Americano); se trata del prosista Julio Torri, quien creció dentro de una familia de clase media que se dedicaba a los oficios de la industria. A temprana edad Torri se sumergió en las lecturas de escritores del siglo XIX, mismos que lo influenciaron notablemente y la agudeza de sus pensamientos quedaron registrados en sus poemas, pues tuvo el hábito de citarlos en sus creaciones; de ellos quedaron las huellas de Goethe, Baudelaire, Novalis, Valéry, Rimbaud, Nietzsche, etc.

En entrevista con Emmanuel Carballo, Torri confiesa cómo fue que se adentró en los goces apacibles de la lectura:

Mi educación literaria es anómala. En Torreón, a los siete u ocho años, leí a Dumas, las imprescindibles novelas geográficas y de aventuras, los clásicos folletones a que son tan adictos los niños y los palurdos. Leí por supuesto, sin mayores consecuencias, *El Quijote*. El primer tomo de la *Historia*, de César Cantú, me pareció muy pesado. Cuando cursaba la preparatoria en Saltillo, entre 1903 y 1907, salíamos de clases a las doce de la mañana. De doce a una concurría a la Biblioteca del estado, breve pero bien surtida. Allí me inicié en Platón [...] Sus diálogos me entusiasmaron profundamente. Otras obras que dejaron huella en mí fueron: *Los viajes de Anakarsis* que data del siglo XVIII [...] *Los cosacos*, de Tolstoi y las *Memorias* de Casanova. (Carballo, 2003: 140).

Para 1906, siendo muy joven, a los quince años de edad, Julio Torri publicó (en *La Revista*, de Saltillo) su pequeña ficción titulada «Werther»; cuento sumamente corto y que parecía un manifiesto de que el resto de su obra creativa sería breve en absoluto. Dos años después, en vísperas de la Revolución mexicana, su interés en la educación y en las letras lo hizo viajar a la Ciudad de México y en 1909 fue miembro fundador del movimiento del Ateneo de la Juventud. Ya en su estancia en la capital del país se centra en los libros de Nietzsche, Thomas de Quincey, Oscar Wilde; además revela su inclinación por la brevedad: «Leí toda la obra de Shaw. Sus libros me gustan porque en ellos el diálogo era necesario, por la brevedad y concentración de su prosa» (*ibíd.*, 141); además de ser un gran lector y traductor del francés comienza a leer también en italiano, allá por el año de 1913 (fecha en la que concluyó su carrera de abogado, exactamente el 25 de octubre). Así, a la vez que su vida transcurre ágil, también pasa monótona; puesto que su tiempo lo comienza a invertir en labores burocráticas, más no artísticas.

Rafael Pérez Gay, en su ensayo «La parábola del tedio. Trazos de las letras mexicanas (1890-1910)», retrata las circunstancias en que se encontraban los literatos en ciernes de aquella época:

La prosa de estos años es producto de una exasperación. La ansiedad del pasado heroico: los jóvenes oían relatos maravillosos del triunfo de la República, de las huestes porfiristas entrando a la capital, escenas que engordaron la mitología patria, retratos de los insuperables liberales de los sesenta y setenta. Y luego, empapados de relatos épicos y recuerdos de un pasado excepcional, los jóvenes salían rumbo a su empleo en una oficina de abogados a enfrentarse al único ejército que conocieron, los cuadernos de contabilidad, los pacientes atacados por la influenza, los modestos puestos oficiales o la enseñanza. (Cfr. Fernández, 2008: 19).

Pese a las labores burocráticas de su primera etapa, Julio Torri realizó *Ensayos y poemas*, que escribió de 1912 a 1917, años difíciles para la República; temporada que Carballo retrata agitada: «Madero gobierna al país y las sublevaciones son actos frecuentes. Aparece en escena Victoriano Huerta, quien pronto asesina al presidente. Carranza se levanta en armas contra el usurpador. Marineros norteamericanos invaden Veracruz. Huerta huye al extranjero y Carranza ocupa la presidencia. La familia revolucionaria se divide en dos bandos. Zapata y Villa luchan contra don Venustiano. Obregón derrota a Villa y Carranza vuelve a conocer la tranquilidad. En el año 17 se promulga la Constitución». (Carballo, *op. cit.*: 149). De modo que, en un periodo de lucha armada y del nacimiento de la Constitución mexicana, *Ensayos y poemas* vio la luz. El libro es una obra de pequeñas creaciones, donde al autor le resultó difícil poder expandir sus ideas y pensamientos; por ello, en una carta que Torri le envía a Alfonso Reyes en su estancia por Europa le confiesa:

Mi libro [*Ensayos y poemas*] te alcanzará uno de estos días. Es libro de pedacería, casi de cascajo. No puedo hacer nada de *longue haleine*. Tengo por ello mucho despecho, como puede verse en el dicho libro. Temo que haya en él demasiada petulancia para nuestros paladares estragados. (Torri, 2009: 457)

Sin embargo, en *Ensayos y poemas* se puede notar que no existe referencia que mencione los acontecimientos de la era armada en México, ni los efectos provocados por la misma; pareciera que el escritor coahuilense vivía en un territorio diferente, alejado de los conflictos de su propia nación, puesto que se manifestaba indiferente. Si bien unos años atrás, en 1915, se había publicado la novela *Los de debajo*, de Mariano Azuela y posteriormente *Cartucho*, de Nellie Campobello, aquilatadas como dos obras que deja-

rían los cimientos para la narrativa de la Revolución y que en contraste, Serge I. Zaitzeff observa que «el tema de México aparece esporádicamente en la obra creadora del coahuilense; de modo que brilla por su ausencia la crueldad de la lucha armada, lo cual no deja de ser sorprendente en un autor que no sólo fue testigo de toda su trayectoria sino que también tuvo amigos revolucionarios como José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Venustiano Carranza. El autor mismo de *De fusilamientos* (título que podría despistar al lector que cree encontrar un libro inspirado en la Revolución) «[...] la obra de Torri se aparta deliberadamente de las preocupaciones políticas del momento para profundizar en las manifestaciones más esenciales y permanentes de lo mexicano» (Zaitzeff: 45).

Julio Torri fue contemporáneo de Alfonso Reyes, Macedonio Fernández y Felisberto Hernández. El primero perteneció a un grupo de escritores a los que los hería la Revolución y que, sin embargo, se mostraron indiferentes ante el régimen porfirista. Rafael Pérez Gay cataloga a los escritores de aquella época trazando estas líneas:

Son hijos de la era porfiriana. Nacieron entre 1867 y 1880, por lo que sus recuerdos infantiles son discursos confiados en el triunfo liberal y la paz porfirica. Sus primeras incertidumbres tienen que ver con la utopía modernizadora de México. Sus primeros rencores se conectan, en consecuencia, con la grisura próspera y tranquila de la ciudad de México. Su desarrollo literario cuenta una desilusión y los modos de enfrentarla; este desencanto incluye a otros modernistas que pusieron toda su esperanza en el dictador. De esas ilusiones perdidas surge el pesimismo que los unió más tarde cuando el nuevo siglo subía la cortina. (Fernández, *op. cit.* 2008: 21-22)

Para ese momento, el tema de las revoluciones se convirtió en un debate frecuente entre los autores, no sólo en México, sino en América y sobre todo en Europa, pues en el viejo continente surgirá crítica y teoría literaria precisa-

mente en el año de 1917, que coincide con la Revolución rusa y con el desarrollo de las novedosas teorías literarias de ese país. Pero, si bien, Torri no fue un autor de la Revolución sí fue un revolucionario en la literatura pues es importante señalar que fue un prosista híbrido que se anticipó a los bestiarios y a la ciencia ficción que posteriormente manejaron Franz Kafka y Jorge Luis Borges, como bien lo señaló Emmanuel Carballo (Carballo, 147) y que además le vislumbrará el camino a Juan José Arreola, Juan Rulfo y Julio Cortázar.

Permítase que sea el propio Carballo quien describa al maestro del Ateneo del año 1958:

Julio Torri es un hombre extraño, entre crepuscular y nocturno. Hombre de alcoba, de claustro, de aula: siempre de lugares cerrados. Su vida y su obra desmienten violentamente la teoría del hombre en *estado natural*. En él todo es artificio, cultura. Óptimo actor de sus propias emociones, entrega su corazón a los demás y nadie lo advierte; se burla de sus semejantes y ninguno se da por aludido. Encerrado en sí mismo, dueño de un mundo lúcido y autosuficiente, Julio Torri ve pasar la vida y no le acongoja permanecer inmóvil ante los honores y la fama [...] Es un escritor sin descendencia reconocida oficialmente. Sin embargo, algunos excelentes escritores mexicanos de hoy deben la vida a sus procedimientos mentales y estilísticos [...] Las prosas de Torri son tan bellas como extrañas. En ocasiones son poemas en prosa; en otras, cuentos, estampas, fábulas, ensayos en su acepción original. Si se tiene en cuenta el tiempo en que fueron escritas, todas ellas son *revolucionarias*, innovadoras [...] A los setenta y tantos años, Julio Torri no ha dejado de ser un hombre de alcoba, de claustro, de aula. A las mujeres las encuentra entre sus libros, disecadas, acaso en su más rotunda perfección. (Carballo, 146-147).

Enfocándose en esa mezcla de géneros literarios en tan breve espacio, fue que hasta en 1986 Dolores M. Koch bautizara a las prosas de Torri como «micro-relatos» y dos

años después Edmundo Valadés los denominará minificción; dos conceptos que desde entonces se refieren a los mismos textos, que se expandieron por toda América y que los teóricos debaten acerca de cuál de las denominaciones debería ser utilizada; no obstante, la disertación no ha logrado ofrecer el uso de un solo concepto; en cambio, ha generado que nazcan nuevos términos, mismos que siguen en disputa, como se observará en el apartado «Aspectos de la minificción».

En 1970 la muerte le llegó a Julio Torri, un año en el que frenéticamente discutían Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa acerca de la dependencia que las letras latinoamericanas tenían de Europa; época en la que Collazos demandaba que la narrativa hispanoamericana de entonces carecía de una propuesta original: «El auge de nuestra novela, su afirmación universal, se debe a un hecho: la ‘decadencia’, estancamiento o anulación de la novelística europea [...] La novela latinoamericana, específicamente, no es sino la serie de una suma de obras y autores que por sí solos no parten de la existencia de literaturas nacionales perfectamente identificadas y conformadas» (Collazos, 1970: 8-12); es cierto que los prosistas de entonces, como Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar adoptaron el modelo narrativo que innovaron escritores como Faulkner, John Dos Passos y James Joyce. Y es verdad que en muchas ocasiones un trabajo literario surge por alguna influencia, además de otros factores; ya Dolores M. Koch señalaba que «La obra de un escritor, por muy original que ésta sea, no surge aislada, como por generación espontánea. La colorean en conjunción corrientes ambientales, características personales y algunos encuentros, felices o desdichados» (Koch, 2012: 9), pero podría decirse que Julio Torri, en su momento, no dependió de Europa o de las letras inglesas en el sentido de perseguir o imitar una corriente literaria.

Por ello cabe recalcar que Torri no fue un narrador de la Revolución, pero sí fue un revolucionario de la literatura y

antes de que se hablara de la calidad de Kafka, Borges o Cortázar ya existía la inventiva innovadora de Torri y quizá sea hasta ahora, cien años después de aparecido su primer libro, que se le comience a reconocer el lugar que le corresponde dentro de las letras mexicanas; es en este siglo XXI en el que el maestro de la brevedad por excelencia se ha colmado de seguidores y discípulos que ven en sus obras el origen del nuevo género, al que se le ha llamado minificción, o microrrelato, que además ha desprendido una teoría literaria que es autónoma, alejada del viejo continente; por ello, Lauro Zavala hace notar que «la minificción es un género reciente en la literatura universal y además es la primera teoría literaria producida en lengua española, puesto que hasta finales del siglo XX los modelos teóricos que se han utilizado para el estudio de la literatura escrita en español han provenido de otras lenguas» (Zavala, 2009: 8). De ese modo, Julio Torri brindó con su inventiva materia prima para el desarrollo de una nueva teoría literaria y a partir de ello comenzaron a surgir los primeros estudios de sus minúsculas prosas, pero para rendirle un homenaje han tenido que pasar muchos años después de su muerte (el 11 de mayo de 1970).

Serge I. Zaitzeff, su biógrafo más reconocido, traza los últimos días del escritor coahuilense con sutil nostalgia: «Una vez hecha su despedida del mundo literario Torri se encierra en la soledad de su espléndida biblioteca, se rodea de bellos gatos y con característico estoicismo espera la muerte». (Zaitzeff, 17)

### Bibliografía

- Carballo, Emmanuel (2003). *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Porrúa.
- Collazos, Óscar *et al.* (1970). *La literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI.



- Eagleton, Terry (1996). *Literary Theory: an Introducion*. The University of Minnesota.
- Fernández Perera, Manuel (coordinador) (2008). *La literatura Mexicana del siglo xx*. México: FCE.
- Koch, Dolores M. (2012). «El micro-relato en México: Julio Torri, Juan José Arreola y Augusto Monterroso», Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY) 1986. *El Cuento en Red. Revista Electrónica de Estudios sobre Ficción Breve*, 24. URL:«[http://cuentoenred.xoc.uam.mx/tabla\\_contenido.php?id\\_fasciculo=570](http://cuentoenred.xoc.uam.mx/tabla_contenido.php?id_fasciculo=570)»
- Torri, Julio (2011). *Obra completa*. Edición de Serge I. Zaitzeff, México: FCE.
- Zavala, Lauro (2009). «Los estudios sobre minificción. Una teoría en lengua española». *K. Literatura, Arte y Pensamiento*: No. 8.